

Filosofía, Letras, Arte
y Poesía

L U I S L O P E Z D E M E S A

FILOSOFIA Y ESTILO

Mi querido Julio Enrique Blanco:

Conmigo su gentilísima de agosto 28, que contesto, en primer lugar, expresándole mi gratitud por la grande atención y el sumo afecto con que ha estudiado mi libro "Nosotros y la Esfinge", con esa su peculiar abundancia de erudición y ese su honestísimo criterio. De ahí que todo cuanto observó en él y me trasmite en su carta, me haya sido grande y gratamente útil, lo mismo cuando encomia que cuando corrige, pues con lo uno y con lo otro enriquece mis opiniones, depurándolas a veces, a veces haciendo surgir en mí mejores argumentos defensivos.

En ocasión anterior usted anotaba acerca de mi estilo la mucha preocupación mía por la forma estética del discurso, que a ratos me conduce hasta el ambiente embriagador de la poesía, con todos sus peligros de desbordamiento imaginativo sobre el austero razonar que la filosofía exige, según usted y muchos otros pensadores ilustres. Le confieso ingenuamente que tiene sobradísima razón, mas no me es posible evitarlo, porque esa manera, y mi pecaminoso culto por el purismo literario, me retienen despóticamente, por serme de índole personal y por derivar de aquella y de éste subidísimo placer. Manía, pues, y menudo pecadillo incorregible.

Sin embargo, no conceptúo que el estilo estorbe sustancialmente la expresión razonante, ni menos aún que exista una mente filosófica

y otra científica o literaria: una misma es, que se trajea de distinto modo formal, pero que en ningún caso se excluyen genéricamente. Usted lo sabe: en estilo poético, en estilo científico y en ceñidas cláusulas de filosofía magistral se han expresado eminentísimos conductores del más hondo saber, ayer y hoy, y en todo el mundo. De mí sé decirle que cuando logro fugarme de la rutina y hacer alguna sabrosa página de poesía cósmica, mi predilecta, la tengo por mejor y más útil que todo el restante libro, y la paladeo con deleite. ¿Desde cuándo? Vaya usted a decirlo... Apenas tendría siete años cuando Serafina, graciosa mulata que sirvió en mi casa durante mi niñez, me hizo levantar un día a las cuatro de la madrugada para que viese un hermoso cometa (acaso el célebre de Holmes), y todavía me conmueve la emoción que a esa hora me produjo la majestad del cielo estrellado, inmensamente dilatado y mudo: la recuerdo como la primera elación religiosa de mi vida y todavía la amo en mi recuerdo con inefable dulcedumbre.

Es que la poesía sugiere más honda comprensión que lo suele hacer el razonamiento, y más firme, porque ella no muda de opinión ni se somete a dictámenes efímeros. Esto no significa, sin embargo, que yo preconice el imperio de la sensibilidad sobre el mundo del saber, porque sería ir muy lejos, pero sí defiende un tanto aquel mi inveterado romanticismo filosófico. Y hasta creo, hablando ya sociológicamente, que la filosofía iberoamericana seguirá en lo general este rumbo, que tanto se amolda a nuestra estirpe.

Y por lo que hace al discurrir filosófico como diferente del científico, mis dudas ya son más graves: para mí tengo que toda filosofía surge de una técnica preliminar y que ninguna realmente existe sin ese fundamento. Usted que sabe al dedillo la historia de las ideas, recordará con luminosa precisión que así fue en la alborada del pensamiento jónico, en la madurez del siglo IV antes de Cristo, en el gran reventón de escuelas que siguió al XVII y en este mismo langüedeciente filosofar de nuestros días. La fecunda acción del Eufrates y del Nilo, que Tales de Mileto conoció ampliamente, le llevó a valuar el agua como elemento genitivo supremo. El misterio (entonces) de las fuentes subterráneas y la copiosa vida del mar se lo confirmaron. Anaxímenes vio en su mar y sus montañas que el aire se cargaba de vapores, los vapores se convertían en nubes, la nube en lluvia, la lluvia en río, el río, a su juicio, en aluvión de tierra y de pedruscos... el aire, pues, era el origen de todas las cosas existentes. Sino que, como era griego, este Anaxímenes, por poco nos descubre el éter de Maxwell

y'de Newton. Y así de tantos otros pensadores: Tome usted la vida íntima de Pitágoras, su niñez, sobre todo, en Samos, bajo el poderoso influjo de su egregia madre y luego su enorme pericia matemática: remembre asimismo las ciencias naturales de Aristóteles, el pietismo de Kant espoleado por Hume y la astronomía; el espiritualismo de Bergson, disciplinado en los evolucionistas del siglo XIX y deslumbrado por la entomología de Fabre. Mire, si no, las ciencias que respaldaron a Whitehead y a Husserl ayer no más, o a Spinoza y Hegel el día anterior. Mezcle usted aquellas bases técnicas con la hora política y un fermento, siempre visible y asaz fecundo, de choques sentimentales, Sócrates, Zenón, Plotino, Shopenhauer, Nietzsche... y verá con su ágil discernir cómo se iluminan estos eslabones del problema. Usted sabe, por ejemplo, todo lo que se produjo de haber erradamente contrapuesto Aristóteles la "pureza" sideral al mundo terrestre corruptible, y de haber extendido Pitágoras su estudio matemático de las cuerdas sonoras a la armonía universal del Cosmos. Viceversa, recuerde, usted que harto le conoce, cuánto corazón tuvo que echarle Newton a su teología para salvar la diéresis que surge entre su física y la metafísica de su actitud religiosa.

Es que nuestra amada filosofía es sublimación, y sublimación adorable ciertamente, del saber científico. Usted no escapa a ese sortilegio, que pues comenzó por la biología, avanzó por la filología y la exégesis, se amaestro luego en Kant y muchos pensadores y técnicos insignes, para darnos su tesis de los arquetipos ontogónicos, usiagónicos, ándricos, etc., que hoy vertebran su doctrina. Así yo, en mi humilde derrotero, parti de las ciencias naturales, ahondé cuanto pude en la psicología y llegué a la metafísica con todos los resabios siguientes.

Sino que usted baja de las cumbres ideológicas a los hechos y yo subo de los hechos a la cumbre de la idealización. Usted parte de una entidad in-tele-agente, desviando la etimología latina hacia raíces griegas, de un "legere" a un "agein", como quien dice, de un "escoger" a un "actuar", y yo anclo en la constante de Planck, para subir al Cosmos: Su visión me es grata, por suya, en primer término, por bien avisagrada lógicamente, en segundo, pero aun me inquietan ciertos hiatos que en ella percibo: porque ignoro todavía si en su concepción aquella entidad "in-tele-agente" es "perfecta", con perfección de existencia y autognosia (que usted le presupone), de belleza, de libertad y de justicia. Ni si es substancia y absoluto. Porque de poseer aquellos valores, sería ocioso recorrer esta penosa escala de

degradaciones físicas y morales en que intencionalmente, según usted dice, se desenvuelve el mundo. Si absoluta, no tendría un “fuera de sí”, un “tele” adonde dirigirse, ni intención distinta de la de ser lo que es.

Yo, en cambio, contemplo lo que se da en ese mundo, lo perceptible a nuestra conciencia, y trato de sondear su origen. Miro la inteligencia, la moral, la autognosia, en fin, desenvolverse lentamente en la escala de los seres reales, con paso progresivo de milenios y de eones, hasta llegar al hecho individual de mi espíritu. Desde el cristal de las rocas primevas hasta ese espíritu no hallo contradicción, aunque resten muchos enigmas.

El punto básico, suyo y mío, es el entender la esencia de la energía primordial. La que hoy conocemos es “granular” o es radiante. Usted la concibe pre-física. Yo no me atrevo a precisar ese juicio. Encuentro un límite discernible en el quantum ($h = 6.55 \times 10^{-27}$ ergios X segundos). Allí comienza a radiar y a atomizarse... pero antes, ¿cómo fue? ¿Infinita y eterna, acaso? Estos términos no se ajustan bien a la realidad. Nuestra mente informada por actos de entendimiento se niega a entender por procesos distintos de aquel entendimiento suyo consuetudinario: busca la comparación, sobre todo. No siendo témporo-espacial la energía que aquí contemplo, carece de imagen para nosotros. Un punto en la singularidad absoluta es infinito sin espacio propio; un instante de la energía intransitiva, es un reposo también, y eterno en tanto. Una proto-energía de esta índole no actúa existencialmente hacia fuera de sí, por trascendencia: sólo actúa siendo, sólo actúa conservando su ser, porque acto y ser en ella se confunden.

En nuestro mundo témporo-espacial las relaciones de antecedente y consecuente, de mayor y menor, de potencia y acto, engendran el principio de causalidad: quite usted esas relaciones en una proto-entidad sin sucesión ni velocidad ni grados, y la causalidad desaparece: creador y criatura carecen en ella de sentido.

¿Proto-energía con esencia de necesidad o de libertad? En mis prolijas lucubraciones yo la entiendo con uno y otro atributo, contradictoriamente: la entiendo como posibilidad. Y como posibilidad absoluta. Ella puede ser de todas maneras, y recorrer infinitamente su posibilidad. Este mundo nuestro es sólo una posibilidad suya. Pueden haber existido otros mundos, y existir luégo otros más, mundos estéreo-crónicos, mundos meramente “espirituales” y mundos inéditos.

Al definir esa potencia como posibilidad llego a la linde de Maya, ilusión, como usted anota, y del idealismo. Es casi cierto. Sino que añado un leve paso, el concepto de posibilidad como esencia de la entidad preexistente.

Esta posibilidad que contemplo aquí, es más que la posibilidad real y más aun que la meramente lógica. Es más que la potencia virtual y que la misma factibilidad de su ejercicio. Porque ellas todas son finitas, por más ilimitadas que uno las conciba y entienda, en tanto que esta otra las engendra, como raíz suya que es. Ni es una posibilidad con mero contenido de "posibles" —arquetipos, por ejemplo— aunque los abarque todos, sino posibilidad en sí, con esencia de posibilidad, por así decirlo, pleonásticamente.

Todo esto es hipotético y abstruso. La mente humana, aunque es continente que se nutre progresivamente con los contenidos que logra adquirir, permanece relativa, y sólo concibe la eternidad y la infinitud por adiciones, llegando apenas a lo ilimitado, o por negaciones, disfrazando verbalmente la negación. Lo absoluto, lo infinito y lo eterno nos son, pues, indescifrables en el actual desarrollo de esa mente humana, pero los "intuimos" vagamente por trascendencia de nociones, en un presentimiento mudo. De este orden es la posibilidad que yo reconsidero aquí en hipótesis: la proto-energía especificada mediante posición y número, es decir, témporo-espacial, es consecuentemente finita; indeterminada en una a modo de proto-entidad, puede ser infinita. Algo finito por una faz e infinito por otra, sería contradictorio dentro de la lógica clásica, tal vez no al presente. Para usted sería algo como un terremoto en la rosa mística del empíreo que describe el Dante. Su esencia, la posibilidad, resulta, por ende, finita en cuanto contenido de "posibles" actos y seres, e infinita quizás en su fase de indeterminación, como en paradoja matemática se juntan finito e infinito en la imaginaria línea periférica del mundo.

Por otra parte... la posibilidad absoluta es un concepto sin analogía ni representación sensible, más fácil de intuir directamente que de definir con certidumbre, hasta donde podamos admitir este concepto de "intuición" directa.

*

Y como estoy orillando el absurdo, necesito reiterar mis argumentos y acrisolarlos un poco más:

Hace cincuenta mil millones de años (5×10^{10}) probablemente no existía nuestro mundo estéreo-crónico. La energía primordial que

lo produjo por creación o por derivación, carecía de los coeficientes espacio tiempo, que lo habrían hecho antes expansivo y sucesivo. Quizás tampoco pudiera, para entonces, definirle por los coeficientes de magnitud (carga, velocidad, momento, etc.). A lo que más podría parecerse, analógicamente, sería a una esencia sin entidad objetiva, al modo de aquellos universales que tanto preocuparon a los nominalistas de la Edad Media. Para hacerse entitativa (ontogónica, fisiogónica, cosmogónica...) sirvióse de la posición y el número: en el electrón intratómico la "posición" no es propiamente espacial, sino de actitud, pero engendra espacio; en el quantum se advierte más un ritmo que una entidad aparte, pero ya la multiplicidad empieza. Posición y número, por más conceptuales que uno los suponga, son, pues, factores o autores siquiera, de positiva ontogénesis. Por eso he hablado tanto de la energía primordial como "posibilidad" absoluta, y de la posición y el número, como principios de generación.

Mas no es esto sólo: ¿Entra la "nada" (la nihilidad diré mejor, puesto que "nada" tiene un compromiso etimológico que nos perturba, y "nulidad" tiene otro semántico que nos cohíbe), como elemento en la génesis del mundo? Muchos han supuesto algún "valor" positivo a la nada, y es lo cierto que aun como "factor" negativo pudiera así entenderse, o como polaridad de la acción genitiva al menos, ya que en la realidad, muerte y límite, por ejemplo, se percibe su "presencia". ¿Actúa esa nihilidad como ausencia o como resistencia, o es un aspecto de la posibilidad absoluta? Creo que nuestra mente no está aún capacitada para dirimir este punto: mi esquema del mundo es un aspecto de los muchos que pueden considerarse en él, como lo es el suyo, como lo son tantos más que existen, religiosos, filosóficos, científicos, etc., y no entiendo yo porqué hayan de excluirse mutuamente.

Nuestra situación filosófica actual es muy precaria ciertamente: en tanto que los conceptos de materia y energía, de átomo y cosmos han padecido revoluciones fundamentales que enorgullecen la cultura moderna, los de alma, vida y espíritu, de dios y divinidad, permanecen punto menos que estancados en las lucubraciones iniciales de hace veintitantes siglos, así produciendo en el hombre contemporáneo gravísimo desnivel de certidumbre y conocimientos, que le encadena al materialismo añeo o a la moderna fenomenología, a la desolación y el colapso.

El cabal entendimiento de este asunto es, pues, imperativo, y sería torpe procrastinarlo por rehuir sus temibles dificultades técnicas.

¿Qué tiene de espíritu aquella energía primordial? Ante todo conviene decir que el abismo infranqueable que pensadores de otra edad vieron entre materia y espíritu se ha aminorado un poco, y no por rebajamiento de éste, cual solía antes ocurrir, sino por sublimación de esotra, tan idealizada hoy que ya casi se disuelve en las sutiles fórmulas matemáticas que definen sus partículas componentes. Y luego, conviene asimismo modificar nuestra concepción tradicional de espíritu.

Lo que entendemos por espíritu humano, con sus dos manifestaciones irrecusables, a lo menos, de inteligencia y de conciencia, es hecho que se da en el mundo, y el único hecho espiritual que conocemos. ¿Emana también de la energía primordial o se añade a sus derivaciones físicas en el tiempo? La iniciación suya en los seres vivos y su aparición en el decurso de las edades parece indiscernible. Mientras no se descubra su epifanía como algo aparte del mundo, podemos concebirlo virtualmente inherente a la energía primordial de que surgió éste.

¿Existió en ella como Dios en persona, o como esencia divinal al menos? Ningún elemento de juicio nos asiste en este magno problema, pues los que conozco, el de causalidad inclusive, a que casi todos ellos se reducen, son lógicamente endeble.

Mas he ahí que ese espíritu humano nos coloca en trance muy difícil de interpretar el mundo. El es, sin disputa posible, conciencia de ese mundo. Yo no puedo decir "la" conciencia de ese mundo, pero sí la sola perceptible hoy día. Si fuese la autognosia de él, todo estaría resuelto, mas es inaceptable ir tan lejos, y poco honrado. Yo mismo empleo a trochemoche la voz autognosia, porque me gusta su garbo, pero nosotros sólo tenemos "conciencia" de los procesos íntimos del yo, en manera alguna "autognosia" de él en sí, cual en otra parte lo he establecido psicológicamente al definir aquélla como una "presencia" de los fenómenos que a éste constituyen: cuánto menos podría concebir nuestro espíritu como "autognosia" del mundo.

¿Algún día la adquiriremos?

Tal vez, pero en tanto, no es discreto disentir de la realidad que fundamenta los juicios exactamente comprobables, los juicios de aquietadora certidumbre. Por lo que me corresponde, y en cuanto corresponde a mi capacidad intelectiva, construyo mis conceptos sobre esa base de la existencia de un espíritu humano, sin trascender de sus consecuencias legítimas.

Su tesis de una entidad primera de naturaleza inteligente, que intencionalmente concibe los arquetipos del mundo, vida y espíritu inclusive, y los objetiva en el espacio —tiempo de la realidad con inescrutable propósito, ha inquietado la mente augusta de los filósofos más insignes, nuestro dilectísimo Platón, en primera línea, de todos los pensadores de creencia religiosa y aun de matemáticos ilustres de esta borrascosa edad en que vivimos, como Jeans y el idealista Eddington. En mi opaca esfera yo he recorrido esa ruta también y la admiro: es aplacible en sumo grado y verosímil además. Mas ello es que dentro de un filosofar de basamento irrecusable, que consulte los hechos, dentro de una filosofía “fáctica”, por así decirlo, la apercepción y el espíritu aparecieron ayer en la vida del hombre. Este es el milagro que tenemos que afrontar ahora. No es que neguemos que otro similar exista, sino que ese otro no aparece en la realidad perceptible que nos rodea, ni comparece, por lo tanto, ante nuestro inmediato juicio. Que en el hombre se esté revelando aquella abstrusa entidad divina, es hipótesis que merece consideración temperada y severa, de tremenda reconditez, desgraciadamente. Yo la he contemplado como posible solución, como eslabón de enlace, e insisto en desentrañar su verosimilitud, mas no puedo honradamente trastocar valores de probabilidad y de certidumbre para adoptarla como dogma y jubilar para siempre nuestras dudas.

Usted en su clímax ontogónico y usiagónico, cuando llega al espíritu, humanidad, cultura, historia, habrá chocado con el desconcierto de ver el breve instante que abarca ese proceso fundamental en el conjunto devenir del Cosmos, un relámpago apenas dentro de la serie de las edades del mundo: una “psique” que muy accidentalmente surgió ayer en una “physis” arcaica. Es muy valioso ese hecho psíquico para sujetarlo al incidente de una mutación cromosómatica de que surgimos los hombres hace un minuto cósmico. Mutación incidental que se condiciona a un ambiente geo-físico accidental también. No. Lo espiritual y lo físico deben concebirse sin esa oposición substantiva, y ya usted ve cómo yo los enlazo en la esencia de la posibilidad absoluta, en la esencia de esa proto-energía ignota.

Usted estará despavorido a estas horas ante tamaños artilugios dialécticos. Y se dirá muy entre sí: ¿En qué quedan, entonces, las irreductibles diferencias que existen entre libertad y necesidad, entre cantidad y calidad, entre materia y espíritu, entre los grandes valores de la cultura y el reino oscuro de la naturaleza? Mas yo, a mi vez, me pregunto audazmente: ¿No podríamos eliminar esas antinomias

subiendo a más alto origen? Observe que si a la cantidad se le añade ritmo, surgen cualidades: que si a ese ritmo —número apena, ya lo ve— se le complica armónicamente, aparecen virtudes y valores.

Y precisamente, en el quantum hay ritmo. Ritmo que se traduce en periodicidad, primero, en armonía, después. Ritmo que es número apena, sin más esencias ni substancias aditivas. Y así me digo, cavilando a solas: ¿Esa libertad y esa necesidad no serán diferentes "momentos", para hablar en términos matemáticos, de la energía actuante?

¿No serán grados diversos del ímpetu de la acción, por así decirlo en términos comunes, y grados más o menos definidos de polaridad? Y esa cualidad inaprehensible y continua de los filósofos, no será, como la cantidad misma (discontinua y precaria, al decir de los maestros), una fase de la entidad recóndita, un aspecto suyo?

Ritmo, armonía... número, son elementos perceptibles en todo valor y en toda virtud: en la verdad, en la belleza, en la justicia etc.

Yo no sé... Todas estas cosas llenan mi espíritu de prodigiosa y deleitosa inquietud. Y me pregunto si la limitación de los sentidos humanos y la limitación de la mente no nos impiden advertir realidades más hondas que esta neblinosa que nutre nuestras divagaciones.

Hace poco observaba en Medellín una colección de mineralogía: pedreuelas blanquizcas, grisáceas, ocres, pardas, negruzcas etc., al parecer insignificantes y comunes: dioritas, calcitas, cuarzos, restos de roca con vetas de óxidos diferentes, de uranio, entre otros. Y cuando ya parecía no interesarme la vitrina, mi guía y amigo la iluminó con lámpara fluorescente, causando un portento a mis ojos, pues que esos guijarros se encendieron de gaya luz y vívidos colores, rojo encendido, azules varios, verdes, anaranjados y violetas de divina reverberación envolvente. Un mundo mágico que superaba al de Aladino y envidiara Disney. Y yo pensé: ¿Cuántas maravillas similares nos quedarán ocultas en la multiforme realidad del sér? ¿Y cuántas de otra índole aún más arcana y noble?

*

Prolijo sería indicar a usted el eslabonamiento de otras hipótesis mías que hay en ese mi libro, con esta capital. De ellasrecio mucho la parte psicológica, terriblemente ardua. Y esa otra de porqué, en participación de existencia, tenemos misión divina, como autognosia en devenir de la huidiza realidad del Cosmos.

Vayan estas frases en tributo de gratitud a su noble actitud fraternal, que tanto me honra, y confirme con ellas su acertada opinión de que ya comienza nuestra estirpe iberoamericana a inquirir agónicamente su destino, así sea aun en tenue balbucencia e inhábil modo.

Lo saluda,

LUIS LOPEZ DE MESA